„Príncipe (1). Conocía bien que para arrastrar-
„le no bastaria murmurar y elogiar; entreveía
„confusamente, que seria necesario tambien tra-
„tar de agradarle, y me preparaba á ello por
„el bien de la causa: en fin vino; éste era Ben-
„serade, jóven, (no tenia treinta años) lleno de
„gracia, de talento y sensibilidad, aunque ya
„cortesano y hombre á la moda. Desde esta pri-
„mera visita conocí que habia fijado su atencion
„sobre mí; y el gozo secreto que sentí de es-
„to, lo atribuí á mi zelo por los príncipes, y me
„hice la persona de mi edad mas apasionada del
„partido. Benserade venía á casa de la Con-
„desa con frecuencia; él se ocupaba solo de mí.
„La Condesa no tuvo mucho trabajo en pene-
„trar mis sentimientos, y puso mucho cuidado
„en exaltarlos. Entré perfectamente en sus mi-
„ras políticas, y cuando me entregaba al pla-
„cer de oir á Benserade, cuando expresaba frán-
„camente lo que sentia, y cuando, sin obstácu-
„lo, le manifestaba la preferencia menos equí-
„voca, creía no trabajar sino por interés de la
„buena causa, y tener la finura y toda la pro-
„fundidad del mas consumado hombre de es-
„tado."

(1) El gran Condé.

„La Condesa era de la sociedad de Ma-
„demoiselle (1), en la cual se reunian todos los
„frondistas de la córte; me presentaron á ella;
„la Princesa, prevenida en mi favor, dió á mi
„zelo elogios que acabaron de trastornarme la
„cabeza: imaginé que el mejor medio de justi-
„ficarlos seria seducir enteramente á Bensera-
„de: habia llegado á persuadirme que la victo-
„ria mas brillante para nuestro partido era la
„conquista de Benserade. En efecto, ¿cómo de-
„jar de creerlo? Benserade tenia una alegría
„encantadora; conversaba con tanto agrado; ha-
„cía tan lindos versos!.... habiendo compuesto
„para mí aquel célebre soneto, que originó tan
„grande rivalidad entre él y Voiture; los dos
„sonetos, como es sabido, formaron partidos en
„la córte y en la ciudad; pero unánimemente
„convinieron que tenía mas delicadeza y sensi-
„bilidad el de Benserade. Debia envanecerme
„de este juicio, y mi corazon lo confirmó. Sin
„embargo, Benserade no me habia hablado de

(1) Quiere decir, Señorita; pero dicho así absolutamente es la hija mayor del hermano, ó del tio del Rey; del mismo modo que Madame es la hija primogénita del Rey, ó muger de su hermano, quien se llama Monsieur.—*El Traductor.*

„su amor todavia, no nos habiamos encontrado „solos: él esperaba una ocasion favorable, que „el acaso le procuró muy luego."

„Monsieur el príncipe habia hecho tomar á „sus soldados unas trenzas y lazos de paja, que „traían atados al brazo; prontamente todos los „frondistas se adornaron con esta especie de „distintivo, y como el pueblo insultaba á los que „no la llevaban, los realistas no se atrevian á „salir á pie por las calles ó paseos públicos, y „solo lo ejecutaban en carruage, ó cuando ya „empezaba á obscurecer (1). Un dia me dijo „la Condesa, que Mademoiselle acababa de man„darle una cita para el paseo, donde iria des„pues de comer. Se decidió que yo fuera de la „partida, y que esta fuese á pie. Levantándo„me de la mesa, subí á mi cuarto á vestirme, „y luego entré á mi gabinete para hacer un „ramito de paja, y llevarlo en la cabeza, como „el mejor adorno. Me senté delante de una me„sa, sobre la cual estaba puesta una canastita „llena de trenzas y varitas de paja; en este mo„mento se abrió mi puerta, y ví entrar á Ben„serade. Este dia era el de mi fiesta, y Ben-

(1) Memorias de Mademoiselle de Montpensier.

„serade me traia un ramo de rosas. Hincando „una rodilla me presentó cuatro versos, que leí „rápidamente, y contenian la mas apasionada „declaracion de amor. Mi agitacion fué extre„ma.... y pensé que el interés del estado me „prescribia no dejar escaparse una ocasion que „podia ser decisiva.... Despues que acabé de „leer, le dije: me parece que no podria recibir „y cargar este ramo, sin contraer una especie „de empeño. — Ah! exclamó Benserade, no le „desprecieis!.... ¿Qué es necesario hacer para „obtener tal dicha? Hablad.... Diciendo estas „palabras oímos ruido; él se levantó, y al ins„tante mismo entró la Condesa, acompañada de „Bouteville, y de Coligny, aquellos dos genero„sos amigos de M. el Príncipe que en otro tiem„po, en una batalla, expusieron su vida y sa„crificaron su libertad por salvar á este héroe. „La Condesa venia á buscarme para ir al pa„seo. Benserade, imaginando que delante de tes„tigos no me atreveria á rehusar su ramo, vol„vió á ofrecérmelo: arrebatada del deseo de ob„tener un triunfo brillante, ó por mejor decir, „dominada por mi corazon, lo admito, le dije: „pero con condicion que acepteis este en cám„bio, y vengais al paseo con nosotros; y le pre-

„senté una trensa de paja. Benserade, confuso, „me miró con un aire de asombro sin respon„derme. ¿Me desairais? le dije. — Ah! exclamó, „puedo hacerlo, si vos aceptais mis flores!.... „A estas palabras tomé el ramo: Benserade me „tendió el brazo, al cual até el cordon de pa„ja. La Condesa, trasportada, me abraza: Bou„teville y Coligny volaron al cuello de Bense„rade, y lo trajimos en nuestra compañía para „no dejarlo reflexionar: me dió el brazo, „y la Condesa, Bouteville y Coligny caminaron „delante. Yo los seguí con un aire triunfante, „complacida de mi conquista y de la gloria que „acababa de adquirir. Cuando salimos á la ca„lle, conocí una extrema alteracion en el sem„blante de Benserade. ¿Qué teneis? le dije son„riendome. El me miró, apretó mi brazo con„tra el suyo. No pregunteis mi razon, respon„dió, sino leed en mi corazon!.... Esta res„puesta me turbó; yo habria podido contestarle „con las mismas palabras. Al cabo de algunos mi„nutos entramos en el paseo, y vimos, enmedio „de la calle principal, una multitud prodigiosa reu„nida en grupo, que aplaudia con entusiasmo gri„tando: *Vivan el Rey y los príncipes, y mueran los „Mazarinos!* Nos acercamos, y Frontenac, de la

„compañía de Mademoiselle, distinguiendonos de „lejos, vino á decirnos que este gozo tumultua„rio era excitado por Mademoiselle, que se pa„seaba con un abanico en mano, al cual esta„ba atado un ramo de paja, amarrado con una „cinta azul cuyo color era distintivo del par„tido (1). El pueblo que nos rodeaba, nos in„vitaba á gritar *mueran los Mazarinos*; como lo „hicimos. Benserade se enrogecia y se callaba; „yo le reprobé su silencio. Yo quiero de muy „buena gana romperlo, me dijo, si os dignais ha„blarme de todo. Me encontré cogida en mis „propios lazos. Me fué imposible resistir al amor „y la vanidad. Si creis tener necesidad de mas „seguridad, repliqué yo, ¿no me habeis enten„dido todavia? A estas palabras tan positivas „Benserade, fuera de sí exclamó: *Mueran los „Mazarinos! Mueran los Mazarinos!*.... Esto „era responderme. Embriagada de tal suceso, „no pensé sino en el efecto que produciría en „mis amigos, y en la heroina de la Fronda. Me „miraban de una manera tan lisongera; Made„moiselle se sonreía conmigo con un aire de in-

(1) En efecto, Mademoiselle se presentó en el paseo con este ramo, y fué muy aplaudida. Véanse sus memorias.

„teligencia; yo creía hacer un papel tan brillan-
„te!.... y Benserade no dirigia su vista sino á
„mí; él estaba felíz, trasportado. No se nece-
„sitaba tanto para trastornar la cabeza á una
„provinciana de veinte años."

„Mademoiselle solo se paseó media hora;
„luego que partió, dejamos el paseo para vol-
„vernos á casa de la Condesa. Entrando en las
„calles, Benserade distinguió á uno de sus ami-
„gos en coche, que sacando la cabeza por la
„puerta lo miraba con la mayor sorpresa; él se
„puso pálido, y bajó los ojos. Y qué! le dije,
„¿os arrepentís ya? Ah! respondió, podeis ser
„premio de una mala accion, vos que debeis ser
„la recompensa de la virtud! yo no podia ob-
„tener vuestro corazon, sino faltando á la fide-
„lidad á mis amigos! Cuando reflejeis en mi
„conducta ¿os será posible estimarme aún? Es-
„tas últimas palabras me hicieron entrar en mí
„misma, y aplicarlas á mi propia situacion. La
„memoria de M. de .... se ofreció á mi imagi-
„nacion, y me estremecí.... Benserade estuvo
„un corto rato en casa de la Condesa, y lue-
„go que salió corrí á encerrarme en mi cuar-
„to. Allí, echándome sobre una silla, ¡gran Dios!
„exclamé, ¿qué he hecho? yo he osado dispo-

„ner de mí, sin el consentimiento del que fué
„bienhechor de mi madre y mio, de aquel á
„quien me dejó por tutor, y me eligió por es-
„poso!.... He faltado al reconocimiento, y aun
„al respeto, al mejor y mas generoso de los
„hombres! Si no fuera por su delicadeza, ya ha-
„bria recibido mi fé; en lo interior de mi alma
„yo me habia dado á él; habia autorizado sus
„justas esperanzas: él no há amado á otra mu-
„ger que á mí; nada lo consolará de mi ingra-
„titud; y en premio de tanta constancia y tan-
„tos beneficios, haré su desgracia!.... No, no....
„Sin embargo, Benserade recibió mi palabra;
„acabo de comprometerlo con la córte y con su
„partido; ¿cómo podré desdecirme?.... El teme
„mis reflexiones; mas ¿cuáles serán las suyas
„cuando examine mi conducta? En fin, su na-
„cimiento es mas distinguido que el de M. de....
„su fortuna es mucho mas considerable; ¿no cree-
„rá que he sacrificado á la ambicion mi primer
„compromiso, que el reconocimiento y mi res-
„peto á la memoria de mi madre debian ha-
„cerme tan caro? Esta última idea fijó mi re-
„solucion: me decidí en el momento á escribir-
„le á Benserade; le conté mi historia con la
„mas perfecta sinceridad; le confesé que lo ama-

„ba, me acusé de imprudencia y aturdimiento; „pero le declaré con firmeza, que no le reci- „biría, sino para oir sus justos reproches, y llo- „rar con él, diciéndole un eterno á Dios. Al „momento que concluí esta carta, la remití."

„Cuando se dá un paso honroso, que no se „puede retractar sin caer en un profundo envile- „cimiento, por penoso que haya sido el sacrificio, „no deja ningun arrepentimiento, no solamente „porque la conciencia está satisfecha, sino tam- „bien porque toda pasion se amortigua con la pér- „dida de la esperanza. Por otra parte, yo no ha- „bia dado tiempo al amor de tomar un imperio „sobre mi corazon, y es siempre fácil vencerlo „en su nacimiento: cuando se balancéa, ó se di „fiere, entonces es peligroso. Se apodera menos „de los caractéres vivos y decididos, que de los „otros. Vino Benserade, empezó á colmarme de „reproches, á quejarse con arrebatamiento, y con- „cluyó enterneciendose y cediendo á mis razo- „nes. Yo le permití y le aconsejé, que llevase „mi carta á la Reina madre; sabia que esta Prin- „cesa, lejos de ser vengativa, habia siempre mos- „trado generosidad y clemencia; y sobre todo á „este bello caracter se debió la reconciliacion „sincéra de las facciones enemigas, y la cesacion

„de todas las turbaciones. Benserade desechó mi „proposicion, y me protestó, que renunciaba pa- „ra siempre á la ambicion, á la córte, al amor, „á la felicidad. Hablaba de buena fe en este „momento; pero pocos dias despues siguió mi „consejo. La Reina leyó mi carta, y perdonó, „sin esfuerzo, el error de un momento, de quien „el amor era la causa y la escusa. Yo no vol- „ví á ver á Benserade, y me casé con M. de.... „que me ha hecho la mas felíz de todas las mu- „geres; y si hubiera preferido á Benserade, tan „amable y brillante, habria sufrido todo lo que „la inconstancia del hombre mas ligero puede „hacer padecer de inquietudes, de despecho, y „de zelo á una esposa fiel y sensible. Bensera- „de habria sido el peor marido del mundo; pe- „ro enmendado de sus juveniles errores, es hoy „un amigo perfecto. Yo le volví á ver, por pri- „mera vez, hace dos años; y le ví con un tier- „no interés. Estoy establecida en este lugar, y „Benserade lo ha elegido para acabar aquí sus „dias cerca de nosotros. Yo puedo, sin avergon- „zarme, recordar nuestro primer amor; y nues- „tra amistad se fortifica mas, por la memoria „misma de el, que la razon tuvo poder para ex- „tinguirlo."

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

Esta relacion hizo en el corazon de madama de la Valliere la mas dolorosa impresion; ella encontró en la historia de madama de .... grande semejanza con la suya. Ay de mí! dijo ella á Benserade, que no hubiese yo tenido el valor y la virtud de madama de ....! ¡Que no hubiese tenido el mismo respeto á la última voluntad de mi madre! El desgraciado marqués de Bragelone viviría aún; seria su esposa, y gustaria ahora la felicidad inestimable, cuya imagen veo en madama de ....! Poseeria su estimacion, y aun la admiracion del que me sacrifica y ya no me ama!.... No habria soportado todas las penas que despedazan el corazon, que pueden oprimir una alma sensible y elevada, y estaria tranquila sobre el porvenir, que ahora me es imposible mirar sin extremecerme!.... Torrentes de lágrimas interrumpian estos tristes discursos. La infortunada, siempre perseguida por los remordimientos, encontraba en todos los acontecimientos y en todas las circunstancias de la vida, objetos que la herian, y reflexiones que la oprimian. Habia perdido toda esperanza de felicidad y sosiego. Ella conocia, que la alma virtuosa que no ha cumplido su destino, está para siempre de-

dicada á la desgracia; como continuamente lo presenció.

Pasadas las seis semanas volvió á la córte. Luis habia aplaudido públicamente la prueba de amistad que ella acababa de dar á Benserade desgraciado. Este Príncipe era hecho para amar tales acciones. El tuvo, lo mismo que su abuelo, esta grande alma, que en los reyes honra todas las virtudes generosas; y por su aprobacíon y su ejemplo acabó de hacerlas nacionales.

Madama de la Valliere, llegando á Versalles, supo extrañas noticias. Monsieur de Montespan, despues de vanas tentativas para robar á su muger, habia hecho las escenas públicas mas bizarras y extravagantes, y el Rey acababa de desterrarlo. Esta primera accion tiránica causó mucha admiracion en Versalles, y una grande indignacion en París. Madama de la Valliere sintió entonces un nuevo pesar, y que fué acaso el mas sensible que habia experimentado; el de oír universalmente vituperar al Rey, y con justicia. Olvidaron cuán ridículo era monsieur de Montespan por sus maneras, y poco digno de estimacion por su caracter y conducta; él no fué, á los ojos de todo el mundo, mas que un marido ultrajado, y tratado con indignidad; y to-

dos se enternecieron de su suerte, y no vieron en la víctima del despotismo sino una persona interesante. La Duquesa, afligida, resolvió hablar al Rey. Esta muger, tan débil y tan tímida, cuando se trataba de ella; esta muger, siempre dispuesta á sacrificarse á la voluntad de Luis, no tuvo necesidad de vencerse para hacerle entender la voz de la verdad. Ella encontraba en su corazon, y en el exceso de su amor, todo el valor de que tenia necesidad! Inmediatamente dió cuenta al Rey de todo lo que se pensaba en París sobre el destierro de Mr. de Montespan. El Rey jamás interrumpia á los que le hablaban en particular, por desagradables que fuesen las cosas ó las personas que escuchaba. Este Príncipe, tan imponente en público, no mostraba á solas sino serenidad, dulzura, y una paciencia inalterable. No deseaba entonces sino infundir confianza, y comprender bien. Se podia cualquiera explicar con vivacidad, levantar la voz, contradecirle; todo lo permitia, fuese con el deseo de justificarse de una falsa imputacion, ó con designio de instruirle, ó darle conocimientos útiles. Con intenciones puras y buena fé, seguramente se cautivaba su atencion, se obtenía su

estimacion y una decision favorable (1). El escuchó tranquilamente á madama de la Valliere, y cuando esta acabó de hablar, respondió con embarazo, que él debió castigar la insolencia inaudita de Mr. de Montespan; que no lo habia desterrado, sino por discursos y acciones tan extravagantes, que cualquier otro soberano, en su lugar, habria mostrado mucho mas rigor. Es verdad, replicó la Duquesa, él ha hecho locuras inconcebibles; pero la locura interesa á todo el mundo, cuando la causa un sentimiento de honor, y un amor legítimo.—Mr. de Montespan no és un hombre apreciable, ni está enamorado de su muger; hace tiempo que piensa separarse de ella.—El público ignora esta circunstancia.—¿Qué importan los vanos discursos del público?—Vos sois su Señor; pero él es vuestro juez: vos mismo le habeis dado el derecho de ser severo. Las primeras acciones heroicas de los reyes, lejos de servir de escusa á sus debilidades, son unos garantes para lo futuro; son empeños solemnes, tomados á la faz del universo, para marchar con un paso firme en una via tan gloriosa. Sus virtudes son promesas; y su ejemplo tie-

(1) Memorias de S. Simon y de Bussy.

ne mas fuerza que las leyes. Ellos no pueden desmentirse, sin hacerse perjuros, y sin atentar á su propia autoridad.... Concebid, pues, el doloroso asombro que deberá causar ver en vos un raptor, y el opresor del hombre á quien usurpais, á la vez, su esposa y su honor!.... Ah! yo no os acuso de tal accion; no, estoy segura, vuestro corazon la condena y la desaprueba: ¡gracias al cielo, toda la infamia recae sobre madama de Montespan! Yo la justificaré, dijo el Rey, con un tono irritado.—No llegareis á eso, replicó la Duquesa: se conoce demasiado vuestro caracter y el suyo, y este último rasgo pone el colmo al ódio que le tienen. Yo misma la he aborrecido: en fin, ella es causa de las primeras murmuraciones que se excitan contra vos!.... Podria escusar su perfidia contra mí; pero ¡cómo perdonarle que debilite la admiracion universal que se os ha tenido!.... Qué me usurpe vuestro amor, con tal que no os prive del de vuestros vasallos, sufriré, y moriré sin quejarme!..... Ah! prosiguió, echándose á los pies del Rey, inmoladme; consiento en ello; pero no sacrifiqueis vuestra gloria. Conservad este tesoro inestimable de los héroes; el único objeto de orgullo, y el solo consuelo que me queda. Llamad a Mr. de Montespan!.... Hablando estas palabras, bañaba con sus lágrimas las rodillas del Rey, que estrechaba fuertemente contra su pecho: al precipitarse á tierra, se desataron sus hermosos cabellos cubriendo sus espaldas. Este desorden, las lágrimas, su actitud, su belleza, que no parecia hecha sino para conmover el alma, y que el dolor y las lágrimas hacian incomparable, todo en este momento suscitó al Rey un recuerdo, que la inconstancia misma no habia podido desterrar de su memoria; y los sentimientos mas sólidos, cuya duracion perpetuaba el amor á su pesar. Los razgos ligeros del amor no gravan un sello profundo; la admiracion y el reconocimiento dejan vestigios indelebles. Luis creyó ver á madama de la Valliere en el cementerio de Chaillot.... Contemplaba con sorpresa esta figura tierna, que parecia adornada de todos los encantos de la inocencia; veía, á la vez, su víctima, y á la que habia adorado!.... Este cuadro le restituyó la ilusion de sus primeros sentimientos, y la ternura y compasion reanimaron todos sus remordimientos.... Confuso, penetrado, fuera de sí, no pudo contener sus lágrimas: levantó á la Duquesa, la estrechó contra su seno, diciendo con una voz cortada:

voy á firmar el decreto para que vuelva Mr. de Montespan!.... Dios! exclamó la Duquesa, obtengo de vos este generoso esfuerzo!.... Sí, replicó el Rey apretándole la mano; sí, jamás me hablareis en vano. Esa voz tan dulce y tan amable, siempre será oida.... Yo no os dejaré jamás! dijo la Duquesa con un movimiento apasionado.—Me lo prometeis?—Os lo juro. Desde ahora todo lo disculpo.... Seré feliz.... Recordaré esta conversacion, y nada podrá ya turbar mi reposo y mi dicha....—Voy á obedeceros: voy á firmar el decreto; pero por vos solamente, únicamente por vos; y no para que cesen discursos temerarios, que solo pueden irritarme. A estas palabras el Rey la dejó, y ella quedó en el colmo de la alegría y felicidad. En este primer trasporte escribió á Benserade una carta, que mandó por un correo, y contenía lo siguiente.

„Oh! volved, amigo mio, volved! todo ha „cambiado. Soy feliz: volved. ¡Qué revolucion!.... „En fin, él me ha hecho leer en su alma!.... „Yo lo sabía, lo os he dicho, se engañaba á sí „mismo! No era mas que un error de su ima„ginacion; pero su corazon!.... Ah! estad segu„ro de él; es siempre el mismo; lo he vuelto á

„encontrar todo entero!.... Amigo mio! las cen„suras del público eran injustas; monsieur de „Montespan ha hecho cosas que merecian los „mas severos castigos; el Rey solo ha querido „castigar su insolencia; debia hacerlo, y lo lla„ma: nunca tuvo intencion de prolongar su des„tierro.... ¡Qué grande es! ¡Qué sensible! Ya „no me reprendereis mi timidéz; le he hablado „con una osadía, que me admiro cuando pienso „en ella. ¿Lo creereis? Me arrebaté hasta hacer„le, sin miramiento, reproches amargos, que eran „infundados!.... ¡Con qué dulzura, con qué bon„dad me escuchaba!.... Vos sabeis el modo con „que oye. ¿Quién supo mejor que él apreciar los „motivos y el zelo? ¿Quién fué mas digno de oír „la verdad, y le dió mejor acogida?.... Tiene „tanto talento y virtud! Y, con toda esa resplan„deciente gloria que lo rodea, ¡qué honradéz, „qué simplicidad natural y magestuosa!.... Lo „admiran, lo adoran; pero no hallais, mi amigo, „que jamás se ha hecho un elogio bastante de „él? Siempre falta alguna cosa de sensible y de „esencial á las alabanzas que se le tributan: no „se le conoce bastante. ¡Cómo lo pintaría!.... „Mas, ¿quién podria creerme? Un retrato, cuyo „original no se asemeja á ningun otro, solo pa-

„rece obra de la imaginacion; y yo misma ¿esta-
„ria en estado de presentar en toda su claridad
„aquellas cualidades eminentes que lo distinguen
„de los demás reyes? No puedo sino entrever-
„las, y admirar los resultados. Me consuelo pen-
„sando, que será alabado por sus hechos digna-
„mente, por la historia, por la grandeza que im-
„prime á este siglo, que sin duda se llamará el
„suyo. Sí, como se llama el siglo de Augusto.
„Nuestros descendientes dirán un dia: el siglo de
„Luis el Grande. Oh! cuánto amo la gloria, cuando
„veo brillar el resplandor que reparte sobre él!
„Qué bella me parece, cuando es él á quien co-
„rona!.... Mi amigo, ¡qué ocupado de él, y de
„mi felicidad está mi corazon! ¡Qué necesidad
„tengo de que hablémos! de deciros que nunca
„ha estado tan tierno conmigo, tan profundamen-
„te conmovido!.... Lo he visto turbarse, poner-
„se pálido, correr sus lágrimas, estar temblando.
„Sí: á él, á aquel héroe, nuestro Soberano, que
„arrostra ¡ay de mí! todos los peligros.... Esta
„mano, que tiene con tanta firmeza las riendas
„de un vasto imperio, que acaba de aumentar;
„esta mano poderosa temblaba entre las mias!
„¡El temblar! ¡ó prodigio de la sensibilidad! ¡Y
„yo sola soy quien lo produzco!.... Yo sola! El

„me lo dijo!.... Venid, pues; le hablareis tam-
„bien. ¿Por qué le habeis dejado sin explicacion?
„Es una falsedad, mi amigo; él os habria dete-
„nido: siempre os ama; no lo dudeis: todo el
„mundo aquí os echa menos; y ninguna cosa
„puede remplazaros cerca de mí."

Benserade encontró en esta carta tanto candor y credulidad, como entusiasmo y amor: dió en el momento la siguiente respuesta.

„Permitid, Madama, me quede en mi sole-
„dad. Mi adhesion á vos es todabia menos sos-
„pechosa aquí, que donde os hallais: esta idea
„me hace mas amado el retiro á que me con-
„sagro. Estad bien segura que siempre partici-
„paré de vuestra felicidad; pero antes de felici-
„taros por lo que me referís, quisiera saber si
„madama de Montespan ha sido despedida de
„la Córte, si ha partido. Mientras ella habite
„en Versalles, no estaré tranquilo. Esta inquie-
„tud os parecerá, si no odiosa, al menos grose-
„ra;.... pero dignaos considerar, que tengo cin-
„cuenta y cuatro años, y que de ellos treinta he
„pasado en la Córte."

Acabando de leer esta carta la Duquesa, alzó las espaldas diciendo: es muy cierto que ninguno, excepto yo, conoce al Rey!.... Sin em-

bargo, Luis, fiel á su promesa, firmó sin demora el decreto, llamando á Mr. de Montespan. Al mismo tiempo le hizo ofrecer cincuenta mil escudos, que Mr. de Montespan tuvo la bajeza de aceptar (1).

El Rey vió á madama de Montespan, y recobró todo el amor que un piadoso recuerdo acababa de suspender!.... No se acordó de la escena que habia pasado entre él y la Duquesa, sino para arrepentirse de haberle mostrado demasiada sensibilidad. Temió que ella hubiese concebido la esperanza del sacrificio de madama de Montespan; resolvió no dejarle esta ilusion; y en este pensamiento, y, sobre todo, por irresolucion, no fué al dia siguiente á su casa; lo que sorprendió dolorosamente á la Duquesa. Al dia siguiente fué acompañado de Lauzun y de Beringhen: estuvo con un aire el mas frio y mas distrahido, hasta el momento en que llegó madama de Montespan; entonces se animó, se hizo amable; pero no echó siquiera una mirada á la Duquesa. De su parte se condujo madama de Montespan de la manera mas chocante con madama de la Valliere; no observó con ella siquie-

(1) Histórico.

ra los mas simples respetos de política; jamás le dirigió la palabra; se ocupó solamente del Rey con afectacion, hablándole de continuo al oído, con un aire de misterio ó de malignidad. La Duquesa, confundida, no estaba vivamente admirada sino de la conducta del Rey, no pudiendo concebir un cambio tan repentino. Sus miradas suplicatorias buscaban en vano las de Luis; él las temia, y evitó siempre su encuentro. Cuando el Rey se salio, la Duquesa se levantó para seguirle; ella habria querido decirle una palabra, muy despacio en la puerta; pero madama de Montespan, corriendo, sepuso entre ella y el Rey, y dijo á la Duquesa en un tono de chanza: yo me encargo de acompañarlo, y *hasta la galeria de los Principes*; (esta era su habitacion en el Castillo). A estas palabras, el Rey se puso á reír, y salió. Madama Montespan le siguió: y la desgraciada Duquesa quedó de pie, y petrificada cerca de la puerta (1). Desde este dia, conociendo el Rey que la Duquesa podia acusarle de inconsecuencia é ingratitud, tomó por ella esta especie de desvio (tan fatal en los principes) causa-

(1) Se han dulcificado mucho los rasgos de la impertinencia de madama de Montespan hácia la Duquesa. Véanse las memorias de aquel tiempo.

do por un insuperable embarazo. Embriagado de amor por madama de Montespan; decidido á no sacrificarla; no estimandola, pero encadenado por su belleza, amaestrado por sus mismos vicios, por sus arrebatamientos en todo género, por su audácia y su picante malignidad, tomó el partido, no de romper enteramente con la Duquesa, sino de no tener ya con ella sino los respectos públicos. Cesó totalmente de verla á solas; y, fuera de esto, en lugar de ir á su casa todas las tardes con sus favoritos, ya no fué sino cada semana dos veces. Los demas dias iba públicamente á casa de madama de Montespan, quien por burla convidó á la Duquesa á sus pequeñas reuniones, diciendole que allí veria al Rey.

Madama de Montespan, tan sin pudor como sin principios, lucía el fausto mas brillante: daba fiestas y grandes cenas; recibia á los Ministros, y se hacia temer de ellos; tomaba, á pesar del desprecio público, todo aquel aparato de consideracion que dan siempre en el mundo un lujo prodigioso, el favor de un soberano, el gusto de la intríga, y, sobre todo, el poder de hacer mal. Ella no se mezclaba en los asuntos políticos; el Rey no lo habria tolerado; se ocupaba demasiado de ellos, él mismo, para concederle esta clase de imperio.

A mas de sus dones particulares (y cuasi siempre sin su noticia) ella se contentaba con obtener una multitud de gracias subalternas, no para hacerse creaturas, sino para enriquecerse. Ella pensaba que en la Corte los partidarios de una clase inferior no sirven de nada á la amante de un Rey, que no puede jamás estar sostenida por la opinion y la estimacion pública; así, en tal caso, no obligaba, sino vendiendo sus servicios. Acumulaba riquezas, nada pagaba; de cuando en cuando hacia cubrir sus deudas al Rey. Obscurecia á la Reyna por su magnificencia. Sucesivamente lisongeaba, engañaba á sus amigos, y los sacrificaba continuamente á una buena espresion por divertir al Rey. Hacia temblar á sus enemigos, á quienes perdia alegremente, cubriendolos de ridículo: burlaba á las personas austeras por su arrogancia é ingeniosidades: su espíritu satírico no era menos temible que su poder; ninguno se atrevió á tratarla con sequedad: el doble temor que inspiraba, se parecia al respeto; y ella, decia, se lisongeaba de haber restablecido todos los privilegios de favorita que la Duquesa de la Valliere habia dejado echar en olvido.

Entretanto que madama de Montespan ha-

cia público su favor con tanto orgullo, el palacio de Biron estaba desierto!.... La desgraciada Duquesa esperimentaba una admiracion que suspendia en alguna suerte el dolor que habria debido tener: en una conducta tan clara, en procedimientos tan poco dudosos, no veía sino un enigma inesplicable. Cuando Luis era con ella evidentemente ingrato é injusto, todo á sus ojos era incomprensible. Lloraba en silencio, y esperaba la esplicacion de este misterio impenetrable. El concluirá por hablarme, se decia; es preciso oirlo antes de acusarlo!.... Este estado de abandono animó á Lausun á descubrir un proyecto que meditaba algun tiempo. Redobló sus visitas á madama de la Valliere, y concluyó pidiendole su mano (1). Madama de la Valliere lo escuchó con una dolorosa sorpresa; una sola cosa le hizo impresion en esta propuesta, hecha por el mas íntimo favorito del Rey, ¿vos estais, pues, bien seguro, le dijo llorando, que él no me ama ya, y me renuncia para siempre? Lausun, perfectamente tratado por la Duquesa á causa de su amistad con el Rey se habia lisonjeado que ella consentiria, y así

(1) Histórico.

lo habia dicho públicamente. Luego que fué desechada por la Duquesa su propuesta, sus enemigos se aprovecharon de esta ocasion para burlarse de él, poniendolo en ridículo: esta accion fué tanto mas vituperada, cuanto se sabia que el amor no era el motivo de este enlace. Lausun tenia sus asuntos desarreglados, deudas inmensas, con lo que se le acusaba de haber querido sacrificar su honor al mas vil interes. Madama de Montespan, que lo aborrecia, le preguntó un dia delante de mucha gente, ¿desde cuando estaba enamorado de la Duquesa? Desde el momento en que vos fuiste su confidenta y amiga íntima, respondió Lausun. Esta respuesta picante no turbó á madama de Montespan, quien jamás manifestaba comprender las cosas que podian causarle embarazo; pero no las olvidaba en su vida. Vos probareis, contestó ella, que no es imposible, como se supone, ocultar una gran pasion, pues nadie lo duda. A mas de esto, replicó Lausun, de ningun modo es absolutamente necesario que yo estuviese enamorado de madama de la Valliere para casarme.... — Y ¿qué motivo habriais tenido entonces?—¿Cómo? esclamó Lausun, ¡obtener la preferencia de la sola muger á quien el Rey ha